

Sólo dará fe el texto pronunciado

Cumbre de Saint Malo

Transcripción de la intervención del Sr. Nicolas HULOT

Miércoles 29 de octubre por la mañana

Señoras y Señores:

No quisiera sobrecargar la atmósfera pero deseo aclarar un malentendido: no habrá solución a la crisis climática en el sentido de que no hay una estrategia que nos permita continuar como antes haciendo algunos ajustes al margen.

Al igual que ustedes, oigo hablar de una multiplicación de las crisis; de hecho podemos inquietarnos o alegrarnos, si nos atenemos a la fórmula de Winston Churchill que decía que **“depués del caos puede haber una esperanza”**. Por otra parte, deseamos que se aproveche esta oportunidad que no volverá a presentarse.

Está la crisis climática que se acumula, que se combina y que se suma a las otras múltiples crisis. Nos encontramos en una encrucijada de crisis, una encrucijada sublime, de hecho, y no creo que debamos comprenderlas independientemente una de otra. Opino que el tratamiento para enfrentarnos a esta crisis sistémica -ya que es así como hay que interpretar este momento crítico que tenemos que afrontar lúcida y valientemente- es un tratamiento común. Pero conservando en mente que el modelo de desarrollo en el que nos encontramos es la causa de todos estos desórdenes y que no es la solución. Creo que es importante decir las cosas honestamente. Esta encrucijada de crisis tendrá que movilizar más que nunca nuestras inteligencias si, por una vez, aceptáramos mutualizarlas. Desearía recordar que en la etimología de la palabra inteligencia **“inter legere”** en latín, la palabra **“legere”** significa elegir. Y es ahí a donde me gustaría, en este momento y en esta etapa, en este punto crucial de las trayectorias de nuestras civilizaciones, que reflexionemos.

A partir de ahora nos veremos condenados -y, de hecho, es para mí el fundamento de la libertad-, a reapropiarnos esta noción esencial que es la elección. Porque cuando observamos el mínimo común denominador de todas nuestras crisis: crisis alimentaria, ampliamente agravada en estos momentos por una precipitación para resolver supuestamente la crisis energética con los agrocombustibles, crisis energética de la que apenas adivinamos la amplitud del fenómeno ya que seguimos sin aceptar lo que en este ámbito -como en otros- estamos extrayendo en un stock agotado; crisis ecológica también, término genérico que engloba, por supuesto, la erosión de la biodiversidad -¿es necesario



decirles que estamos borrando el disco duro de la naturaleza?; y crisis climática que se agrava, se amplifica, que cambia de escala.

Mi convicción profunda es que todas estas crisis tienen un origen común y, si la respuesta sólo es tecnológica o económica, sólo recorreremos la mitad del camino.

Opino que atravesamos una profunda crisis cultural y que la causa común de todos estos desórdenes es nuestra incapacidad crónica para fijar límites -por supuesto, hablo de nuestras sociedades occidentales, ya que no haré la afrenta de hacer responsables de este defecto a los países emergentes ni a los países del Sur.

Paracelso decía ***“Nada es veneno, todo es veneno: la diferencia está en la dosis”***. Pues bien, estamos condenados, individual y colectivamente, a fijarnos límites. Será necesario salir de un sistema al que nos aferramos, tanto unos como otros, de una forma irresistible. En otros términos, será necesario urgentemente, nacionalmente, globalmente, localmente e individualmente, que aceptemos escoger dentro de lo posible, que nos liberemos de dos principios que han conducido nuestra evolución y que nos llevan al callejón sin salida en el que nos encontramos en la actualidad: el principio tecnológico: “todo lo que se puede hacer, lo hacemos” y el principio económico: “todo lo que podemos tener, lo tenemos”. Pues bien, en el siglo XXI esto ya no es posible.

Y volvemos a mi noción de elección, que es la piedra clave de la evolución de nuestras sociedades: tendremos que elegir. No podemos estar en todos los frentes. Tendremos que salir de este modelo basado en una competición que, a su vez, se basa en la acumulación y la depredación para dirigirnos hacia un modelo económico que no borre el futuro. Recuerdo, en un momento en el que todas las mentes están orientadas hacia esta crisis financiera -que se convierte en una crisis económica y, como podíamos prever, en una crisis social- que el modelo actual se ha constituido históricamente sobre la expoliación o la apropiación de los recursos naturales. Así pues, no veo por qué actualmente habría que centrarse en la crisis económica diciendo como de costumbre “estudiaremos después la crisis ecológica y climática”.

Edgar Morin decía ***“A fuerza de sacrificar lo esencial por la urgencia, terminamos olvidando la urgencia de lo esencial”***.

No hay, por una parte, una crisis económica y, por otra, una crisis ecológica. Los fundamentos de la crisis económica que estamos atravesando y de la que sólo vemos las premisas, se basan prioritariamente en el desmoronamiento de nuestro sistema natural. Y si reproducimos de la misma forma, con algunos apósitos y algunas inyecciones mal situadas, este modelo que es la causa de todos los desórdenes, no haremos más que retroceder para saltar mejor.

En otros términos, esta crisis es una paradoja final: si seguimos actuando de la misma forma será el tiempo quien dictará la transformación, que será violenta para todos nosotros -y que el Norte no crea ni un solo segundo que construyendo todo tipo de muros podrá eludir las consecuencias en cascada del cambio climático-. El Norte tiene todas las de ganar si el Sur gana y el Sur tiene todas las de ganar si la naturaleza gana. Esta encrucijada de crisis es una ocasión inesperada pero única de encontrarnos en el seno de la familia humana, que es el objeto de esta conferencia, si hiciéramos caso omiso de nuestras divisiones conservando en mente que la unidad de la naturaleza, como la unidad de la humanidad, es aceptable por su diversidad. Esto sólo será posible cuando por fin pongamos en común lo mejor que tenemos y demos una “hoja de ruta” creíble al ingenio humano, a nuestras capacidades tecnológicas y económicas.

Las lógicas y dispersiones del siglo XX ya no serán válidas en el siglo XXI. En un momento en el que es preciso movilizar masivamente, como en tiempos de guerra, con un auténtico plan Marshall, todos nuestros medios para asegurar la transición económica y ecológica, no

podemos seguir invirtiendo billones de dólares en los presupuestos militares. Y son estas decisiones drásticas las que tendremos que tomar. Hay que salir de este engaño, o más bien de este malentendido para ser un poco más indulgentes, que consiste en pensar que podremos seguir todo como antes. Si queremos que las sospechas de conflictos disminuyan, hay que compartir y para ello hay que regular. Una de las evoluciones fundamentales a la que nuestras economías no podrán escapar consiste en cambiar nuestros indicadores, cambiar nuestra contabilidad, incluir las externalidades negativas y desplazar toda nuestra fiscalidad -que se basa en el trabajo- en los bienes raíces, en la contaminación y en la energía. Esto es lo que hay que regular.

Sí, otro mundo es posible. Lo será por las buenas o por las malas y estoy convencido, aquí, de que compartimos la voluntad de construirlo juntos. Pero el corazón de la democracia consiste en primer lugar en aceptar que el desorden o el mal no es exterior a nosotros. Cada uno de nosotros tenemos una parte de responsabilidad tanto negativa como positiva. Cuando la conciencia se despierta y se refleja concretamente en acciones, es un primer triunfo sobre nuestro peor enemigo, la fatalidad. No podemos sustraernos a la esperanza. Digo esto, porque al igual que ustedes, estoy bien situado para afirmar que, a veces, ser un poco optimista o conservar la esperanza en este momento tan particular de la humanidad es un acto de valentía. Sin embargo, esto es precisamente lo que hay que combatir: el fatalismo y la resignación. Todos llevamos en nosotros una parte de solución, y por ello me siento satisfecho de esta escala de acción y de contribución que es el territorio y que son las Regiones, pero a partir del momento en que sus esfuerzos no sean contrariados o aniquilados por un modelo que no cesa de amplificarse.

Un crecimiento infinito en un mundo finito es una ilusión, estamos condenados, mañana, a elegir un crecimiento selectivo. No podremos tener un mundo que siempre esté en flujos tensos en el transporte de las personas, de los materiales y de la energía. Habrá que actuar de forma que se dividan los flujos entre el crecimiento económico y el crecimiento de los flujos de materiales y de los flujos energéticos. Todo esto es un cambio completo de paradigma. Es el mensaje que quería transmitirles aquí, deseándoles mucho éxito en sus trabajos.

Muchas gracias.